

LA META NO ES EL FINAL

La mayoría de las veces cuando uno se propone una meta, aunque no se lo plantee, cree que al conseguirla habrá cumplido el objetivo, cerrado una etapa, que de alguna manera se trata del final.

Recuerdo cuanta alegría y autoestima al conseguir mi primer dan en Judo. Era muy joven y por tanto no tenía un proyecto de vida definido ni las ideas muy claras. A pesar de ello pude intuir que ese primer objetivo era sólo el comienzo. La intuición, la insistencia y compromiso me llevaron a continuar, seguir hasta la meta siguiente y la siguiente, y siempre una más.

Si la materia es buena, si el contenido es sustancioso, te absorbe como a los artistas sus creaciones. El orden de valores se altera, pierdes la inercia rutinaria y con la práctica te ves inmerso en una nueva aventura para la que, en el caso en del Aikido, no existe una meta final. No lo es el cuarto dan, ni el sexto, ni el Shihan, porque después del séptimo viene el octavo, veinte años más de práctica acreditada, y el noveno al que habrá que sumarle otros tantos años... No hay vida suficiente para alcanzar el décimo. Lo que significa que en Aikido la relación entre cada objetivo y el final están sabiamente estudiados:

¡Nunca se llega al final! El Aikido no cambia, cambiamos nosotros.

La edad que tenemos al conseguir el primer dan nos exige buscar nuevos referentes durante los cinco años que pasarán hasta que postulemos para obtener el tercero, y con mayor motivo durante los veinticinco o treinta que tardaremos en conseguir el sexto y séptimo. A esas alturas, con seguridad, habremos cambiado nosotros y nuestras metas.

En el transcurso de nuestra vida vamos observando, experimentando, y recreando tantas sensaciones nuevas, que cada cierto tiempo es inevitable que volvamos a replantearnos las metas que perseguimos.

Afortunadamente, el Aikido como el paisaje perdura más allá de nosotros para gozo de los más jóvenes. Entregar el testigo quizá sea el objetivo más cercano a la meta final. Necesitaréis tiempo para comprenderlo y voluntad para investigarlo.

Por mi parte, la ventaja a estas alturas es que continuar la práctica ya no supone tanto dolor y sacrificio, todo se lleva a una bendita rutina. Te conformas con seguir investigando el Ikyo, el Nikyo... Y practicar los ukemis. Comprendes que en estas técnicas van implícitas todas las bondades de la práctica que te llevarán al cielo. Al final no son los grandes proyectos planificados, es una cuestión más sencilla, como la regla de los monjes benedictinos: "Ora et labora". En nuestro caso: estudia y practica, más grande que ningún final.

Tomás Sánchez Shihan

